



La alegría de Sara Montiel no tiene límites; acaba de vencer el pulgón que había en una maceta

# VISITA EN BROMA a SARA Montiel



Las ocho de la mañana—mi mano tiembla al escribirlo—he sido citada por Sara Montiel, la estrella más joven de nuestra pantalla y la más madrugadora.

La luz de las ocho de la mañana—mi mano vuelve a temblar—es de color cristal de vagón de ferrocarril. Las cosas vistas a través de este cristal tienen un algo de viaje o, aun peor, de transbordo, que hace bostezar de sueño. Y con todo mi sueño a cuestas, como si fuera un pesadísimo equipaje, me llego a casa de esta actriz, «héroe» de las «héroas», pues su lema «A quien madruga Dios le ayuda» así la califica.

Montes también llega en punto, con ese tipo de turista que la cámara fotográfica le proporciona.

Si se nos llega a hacer temprano en vez de un poco más tarde, hubiéramos tenido que llamar al sereno.

## La terraza más grande del mundo

Unas docenas de escalones, un poco de pasillo y ya estamos en la terraza de Sara Montiel. Una terraza única; en ella hay árboles inmensos, fuentes con su agua redonda echando unos chorros de su precioso líquido, al estilo ballena; un estanque con su agua cuadrada, mariposas, pájaros y todas esas etcéteras que juntas forman un paraíso.

Sara Montiel nos recibe con una caña de pescar al hombro, balanceando en el aire, como un plateado acróbata, la interrogación del anzuelo.

—¡Estaba pescando!—nos dice llena de alegría.

—¿Y qué pescas?

—Menos un genio, que es una cosa que me daría mucho miedo, todo.

—¿Todo? No podrán ser más que peces y alguna que otra bota, como corresponde a todo pescador.

—Nada de eso, porque cuando me canso de tener el anzuelo dentro del agua, lo echo a las plantas y pescó rosas y hasta jazmines, que son más difíciles de pescar. ¡Tengo más tino...! Yo manejo la caña de pescar con el mismo estilo que los cow-boys manejan el lazo.

—Lo que no me explico es por qué madrugas tanto.

—Madrugo para aprender todas estas cosas tan útiles a una estrella de cine y, sobre todo, para regar mis dos mil trescientas veintidós macetas y de

La pesca es uno de los deportes que más divierten a la rubia estrella, aunque así a simple vista parezca que está cogiendo higos

La caza es también otro de los deportes que Sara practica con más entusiasmo; hela aquí durante la caza del pulgón

dicarme un poco a la Botánica, que es una cosa tan hermosa. También me dedico otro poco a la Zoología.

—Bueno, ¿y qué piensas del cine?

—Cuando estoy entre mis macetas no pienso, veo, oigo y respiro nada más, como si fuera un pájaro o una planta.

—Pues entonces dime cómo ves el cine.

—Desde la fila 16; no está ni lejos ni cerca. Es una buena fila.

## Demostración de una clase de Botánica y una sorpresa

—¿Tanto te gusta la Botánica, Sara?

—¡Huy!... Ha sido el sueño de toda mi vida...

—Dirás el desvelo, porque con esto de la Botánica madrugas lo tuyo y lo nuestro.

—No, no; el sueño, el sueño. Yo tengo el poder de soñar despierta, que es lo bonito.

—¿Y entiendes mucho ya de Botánica?

—Ya lo creo. Llevo ya escritos tres libros.

—¿Tres libros? ¡Qué maravilla! ¿Sus títulos? ¿Cómo se titulan?





Sara se retrata rodeada de sus macetas, que son las que le quitan el sueño



Enrique Herreros y Sara Montiel, en su maravillosa interpretación de «Ayer te vi pasar» (tango)



Aquí vemos a la refulgente protagonista de «Empezó en boda» con su precioso fox pelo duro, extraña especie, que ha ganado más de un premio

¿Sara comprueba si va bien peinada o está escuchando el canto de una rana?

Después de regar las macetas, todavía le queda tiempo a Sara para jugar con su perro favorito



Sara Montiel y Enrique Herreros, en su magnífica interpretación del pulgón



Otro de los perros favoritos de Sara Montiel. Debe ser un mono pelo duro de bastante buena raza

Sara Montiel, con su árbol favorito (Reportaje gráfico de Montes)



La bellissima estrella enseña a otro de sus perros favoritos los nombres de los árboles para que aprenda a respetarlos

Sara Montiel, en otra de sus maravillosas interpretaciones del pulgón

—El pulgón, enemigo público n.º 1. El pulgón en la vida doméstica y ¡Guerra al pulgón!

—Muy interesante. Y ¿cómo es el pulgón?

—El pulgón—nos dice Sara armada de una caña, señalando en unas ramas como si se tratara de un mapa—es un insecto hemíptero de diferentes especies, que vive sobre las plantas cuyo jugo chupa para alimentarse. Los pulgones llegan a causar grandes perjuicios a las plantas cuando son demasiado numerosos. Según los sabios, para destruirlos se emplea el azufrado, el humo de tabaco o el jugo de dicha planta. Pero yo, después de grandes estudios, he podido comprobar que no hay nada mejor para su destrucción como una buena caña manejada a tiempo.

—Es muy interesante todo esto.

—Interesante, no; apasionante—nos dice Sara, levantando sus hermosos ojos al cielo.

En estos momentos un imponente orangután viene hacia nosotros.

—Es un orangután lo menos, ¿verdad? ¿Pica...? Digo, ¿muerte?

—No es un orangután; se parece; pero no; es un perro. Se llama Kimo, y le gusta mucho jugar con los ovillos de la costura.

—Pues hay que reconocer que es bastante mono.

—Mucho, mucho.

Momentos después el «perrito» se acercaba a Sara solicitando una caricia. (Montes y yo presenciábamos la escena desde la copa de un árbol.)

**Cómo nació la idea de este jardín único en el mundo.—Otra sorpresa**

Sara, con su vocecía mitad ingenua—mitad revoltosa, nos convence de que Kimo es un perro como muchos de los que sacan por ahí a pasear—sus dueños, y entonces bajamos del árbol.

—Es verdaderamente asombroso este jardín! Desde la copa del árbol he podido comprobar toda su belleza y dimensiones extraordinarias. ¿Cómo se te ocurrió esta idea tan grandiosa?

—Verás; yo siempre, de pequeña, había comprobado que los jardines estaban colocados en las calles y que para ir allí era necesario lavarse muy bien las rodillas, desenredarse los tirabuzones, ponerse una pamelita y llevar un balón de colores, un diávolo y una echachas. Todo esto era un martirio para mí, que adoraba la libertad y encontraba mucha más emoción en preparar a la copa de un árbol que botar ese tonto balón de colores que tantísimo los gusta

a los poetas. Entonces yo me dije un día entornando los ojos, mientras mi echachas jugaba con el balón: «Cuando sea célebre pondré en mi casa un jardín para mí sola.»

—¿Entonces, tú, desde chiquitina, ya pensabas en ser artista de cine?

—No; pensaba en ser célebre. De una manera o de otra. Pero ser célebre. Mis primeras inclinaciones fueron los estudios de Botánica, a los que actualmente dedico la mitad de mi vida. Después, un día, me llevaron al cine y ya desde entonces quedé prendida en el embrujo de su sueño.

—¿Qué frase más bonitaaa!

—Anda; sé otras...

—¿Qué interesante! ¡Por favor, continúe su relato!

—Pues nada: que ya he puesto mi jardín y que soy muy feliz y...

La última palabra ya no la oímos, porque en un abrir y cerrar los ojos estábamos otra vez en la copa del árbol. Motivo: otro orangután y una jirafa.

—¿Que son perros! ¡Baja!

—Sí, sí; perros. De aquí no nos movemos hasta que no se vayan esos.

—Bueno; entonces tendré que subir yo para poder seguir haciéndolos la visita.

**Un truco muy original**

Continuamos la visita en el árbol, como los hombres prehistóricos deberían de hacérselas.

—Con sinceridad, Sara, ¿verdad que esos «perros» no son perros?

—No; no son perros.

—Entonces, ¿por qué les llamas perros?

—Por favor, habla más bajo... Es un truco. Los llamo así para que a mi familia no le den miedo. ¿Qué ocurriría si descubriesen la verdad!

—Hablemos un poco del cine. De tu película *Empezó en boda*. ¿Cuál ha sido la escena que más te ha divertido rodar?

—Todas, todas absolutamente. El cine, para mí, es un juego maravilloso. El que más me divierte en este mundo.

—Y ahora, que, por fin, nos ha dicho algo sobre el cine, ya nos vamos; pero antes, que guarden los «perros».

—¡Guardad los perros...!—grita Sara.

Unos síbidos se llevan a los «perros» de nuestra presencia. Más tarde, nos despedíamos de Sara y de su paraíso terrazal, único en el mundo.

SOFIA MORALES